



EDUARDO RODRÍGUEZ

*Historia de Amor
en un Agujero*

T R A S U N T O

Historia de Amor en un Agujero

Una fábula de
Eduardo Rodríguez



Primera Edición: 2024

© Eduardo Rodríguez Lorenzo, 2024

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma.

ISBN: 979-8-9903069-0-5

trasunto.es/agujero

Para Molly

1

El anillo

Eva estaba demasiado disgustada como para contribuir en la búsqueda, y su hermana y su madre se habían quedado con ella para consolarla, así que fueron los hombres del grupo quienes se hicieron cargo de recorrer el hotel en busca del anillo: el padre de Eva y el gerente se ocuparon del salón de baile y los baños de señoras, David y el hermano de Eva, de la terraza y del jardín. Pero su cuñado, bebido y exhausto, se sentó a dormir en los escalones de la entrada nada más comenzar, y David se encontró recorriendo el césped palmo a palmo en solitario.

Varias hileras de bombillas rojas, azules y verdes seccionaban en triángulos el cielo nocturno de Madrid e iluminaban sin mucha intensidad los cien metros cuadrados que iban de la pérgola hasta el muro trasero. Bajo las luces de colores, David escudriñaba los parches de hierba más ralos y se arrodillaba para palpar con las manos los más

densos. Óvalos de sudor le humedecían la camisa blanca y tenía los puños, los antebrazos y los pantalones manchados de polvo y tierra.

Había sido él quien le había señalado a Eva la desaparición de la alianza cuando despedían a los últimos invitados.

—¡No has durado ni medio día casada conmigo! —había exclamado entre risas. Pero ella se había mirado el dedo desnudo, había vuelto la vista de lado a lado como si buscara algo en el aire del salón, y se había deshecho en lágrimas.

A David aquella reacción le había parecido tan desproporcionada que no podía dejar de preguntarse qué otros motivos la habían provocado. ¿Qué le importaban a Eva los anillos después de todo? Ninguno de los dos era muy tradicional, ambos se habían opuesto al principio a celebrar una de estas bodas con vestidos de novia y bailes y banquetes, y si finalmente habían cedido, había sido solo por complacer a su suegra, que se había hecho cargo de todos los gastos y de los preparativos.

Mientras palpaba la tierra de rodillas bajo una mata de laurel, David recordó el modo en que el humor de Eva había ido empeorando a lo largo del día. Aquella alegría despreocupada de la mañana, el evidente placer con el que había estado jugando a las bodas (exhibiéndose en su vestido, caminando con falsa solemnidad hasta el altar de la mano de su padre, dando un “sí quiero” alegre y rotundo) se había ido tornando poco a poco en una ansiedad taciturna e incomprensible. En el banquete le había parecido distraída y desanimada, y aunque había recuperado algo de su vitalidad al comienzo del baile, aquel aire cansado y enfermizo se había ido acentuando con el paso de las horas. David la había perdido de vista hacia la mitad de la tarde y, cuando había ido a buscarla, la había hallado en el jardín, sentada en una de las sillas metálicas que se alineaban

junto a los rosales. Recordó ahora que había estado jugando con la alianza, quitándosela y poniéndosela distraída, mientras escuchaba con gesto resignado y la cabeza baja algo aparentemente muy serio y razonable que su hermana pequeña le estaba tratando de comunicar. David pensó que era natural que hubiera perdido el anillo, porque no estaba acostumbrada a llevar joyas (ni siquiera le gustaban los pendientes) y seguramente habría estado enredando con él todo el día sin darse cuenta.

Lo encontró poco después, medio enterrado bajo la silla en la que la había visto sentada. Impoluto a pesar de las horas pasadas entre la tierra, brillaba bajo las luces de colores como una joya de cuento. David pasó al trote junto a su cuñado adormecido, pero el eco de sus zapatos en el suelo marmóreo le hizo moderar el paso. Las tres figuras del fondo (Eva, sentada en el centro, hundida entre las volutas del vestido, y a sus lados, vueltas solícitas hacia ella, su cuñada en un vestido de dama de honor azul claro y su suegra en uno azul oscuro) habían alzado la vista hacia él, y él se aproximó con el brazo en alto, sosteniendo la alianza entre el índice y el pulgar. Su suegro apareció también en aquel momento por una entrada lateral.

—¿La has encontrado?

—¡Sí, sí!

Se la extendió a Eva y ella la miró unos instantes antes de tomarla como si no acabara de comprender lo que veía.

—¿Dónde estaba?

—Debajo de las sillas, junto a los rosales.

¿Por qué nadie se alegraba? Su suegra se miraba las manos sin disimular su incomodidad, y su cuñada, siempre más parcial a David, trataba de sonreírle sin terminar de lograrlo. Eva, cabizbaja, se colocó la alianza en el anular de la mano izquierda.

—¿Estás bien?

—Ha sido un día muy largo —explicó Eva, y tomó la mano de David entre las suyas.

El suegro preguntó por el cuñado, “dónde anda ese tarambana”, y marchó hacia el jardín en su busca. De camino a la salida, se detuvieron a comunicarle el hallazgo al recepcionista y este, cincuenta años, cansado y cursi, sentenció: “un pequeño milagro”.

Se despidieron a los pies de la escalinata oval del hotel, frente al taxi, a la luz naranja de las farolas y entre el tráfico escaso de la noche de verano en el centro de Madrid. Eva abrazó primero a sus hermanos y a su padre, y languideció después en un largo abrazo con su madre que acabó entre sollozos. Cualquiera hubiera dicho que se mudaba de ciudad, pensó David. ¿O suponían aquellas lágrimas la continuación de las anteriores?

Ya en el taxi, Eva se fue despidiendo con la mano a través de la luna posterior mientras se alejaban. Cuando tomaron la curva del Paseo del Prado, se volvió y apoyó la cabeza en el hombro de David, y él la rodeó con el brazo y le acarició el cabello recogido, las suaves ondulaciones sometidas a la tensión del moño. Incluso en esta penumbra se notaba en su rostro la palidez enfermiza de las últimas horas. Una película de sudor febril le cubría la frente de reflejos cambiantes mientras por las ventanillas discurría el centro iluminado de la ciudad, y las sombras se desplazaban por la tapicería del automóvil y a través de sus cuerpos.

Cruzaron el Manzanares por el puente de la presa, dejando atrás largas rectas de semáforos equidistantes para internarse por las estrechas calles desiertas del barrio de San Isidro. De pronto Eva se desasíó del abrazo de David y se abalanzó sobre la puerta.

—¡Pare, pare! —le rogó al conductor.

David la vio volar hacia la cuneta en su vestido de novia para doblarse entre dos coches aparcados, una mano en un

maletero y otra en un capó.

—Día grande, ¿eh? —comentó áspero el taxista.

David le pidió que esperara un momento y se impulsó hacia la puerta abierta. Las arcadas, secas ahora, sacudían el cuerpo frágil de su mujer como un puño invisible en el estómago. Él le colocó una mano en la espalda y, cuando al cabo de unos momentos de calma, ella alzó la cabeza, le tendió su paquete de clínex para que se secara los labios y la nariz.

—Ya casi hemos llegado —les precavó el taxista a su regreso—. Pero usted, si se siente mal, me lo dice enseguida y yo paro.

No fue necesario. Recorrieron el último tramo muy despacio, con Eva respirando hondo y manteniendo la mirada fija en la información plastificada del asiento del copiloto. Cuando se detuvieron en el paseo del Quince de Mayo, mientras veían alejarse el taxi, David le preguntó si se encontraba mejor. Ella dijo que sí, pero su rostro permanecía lívido.

—¿Queda lejos? —preguntó.

—Aquí al lado, entre el cementerio de Santa María y el de San Isidro.

David le tomó la mano y echaron los dos a andar pradera arriba a través de los árboles sobre la hierba seca. Todavía a esta hora olía a agujas de pino abrasadas por el sol, y la luna creciente aparecía y se ocultaba por detrás de las copas. Caminaban en silencio, entre el murmullo constante, amortiguado por la distancia y la espesura, del tráfico de las autovías y las salidas de la M30.

Llegaron a un claro al cabo de una loma, un cuadrilátero irregular de hierba delimitado por los senderos entrecruzados del parque, y se detuvieron a los pies de un gran almendro, frente a una lona azul de cinco metros por cinco extendida en el suelo. La amarraban a la tierra cuatro piquetas metálicas sujetas a las cuatro argollas de las

esquinas, y David se inclinó para retirar dos de ellas y arrastrar la lona hacia el árbol, descubriendo una fosa rectangular recién cavada de algo más de dos metros de profundidad. En un rincón, apenas visible en la penumbra, descansaba un colchón de matrimonio cubierto por una colcha de cuadros blancos y azules. Las paredes eran de tierra descarnada, y los muñones de las raíces del almendro, serrados al ras, sangraban savia todavía. David descendió de un salto, recogió una linterna de un contenedor de plástico que se encontraba oculto en la esquina opuesta a la del colchón e iluminó el espacio para Eva. Ella, al pie de la fosa, recortada contra el cielo nocturno, iba siguiendo el foco de luz con la mirada.

—¿Qué te parece? —preguntó David.

Eva aprobó con la cabeza lentamente.

—Está bien —dijo—. ¿Cómo subimos?

David señaló un tramo de cuerda gruesa amarrada al pie del árbol.

—Lo siguiente es poner una escalera —añadió.

Lanzó después la linterna encendida sobre la colcha, ahogando el foco entre los pliegues de algodón, y alzó los brazos hacia Eva, que se sentó en el borde y, dándose un pequeño impulso con la manos, se dejó caer hacia él.